

CAPÍTULO TERCERO

LOS GRUPOS ARMADOS SUBESTATALES COMO FUENTE DE INESTABILIDAD: WARLORDS, JEFES DE CLAN, MILICIAS

Josep Baqués Quesada

«Conoce al enemigo y concómete a ti mismo;
en cientos de batallas nunca estarás en peligro»
(Sun Tzu)

RESUMEN

Una de las principales consecuencias de la debilidad de algunos Estados es la proliferación de actores armados subestatales dispuestos a rellenar ese vacío de poder. En ciertas latitudes, algunos de ellos ni siquiera llegaron a desaparecer (tribus y clanes) mientras que otros (los señores de la guerra) conocen un auténtico renacimiento. A su vez, la relación entre ambos puede ser de cooperación o de conflicto. En este análisis se tienen en cuenta ambas realidades, así como los retos que plantean a los Estados en su competencia por hacerse con la legitimidad, con los recursos económicos y con el poder formal.

Palabras clave

Señores de la guerra, milicias, jefes de clan, grupos armados

Josep Baqués Quesada

ABSTRACT

One of the principal consequences of the weakness of some States is the proliferation of armed substate actors willing to fill that power vacuum. At certain latitudes, some of them never go away (tribes and clans) while others (the warlords) are living an authentic renaissance. In turn, the relationship between both of them can be one of cooperation or of conflict. This analysis takes into account both realities, as well as the challenges that they raise to the States in their competition to gain legitimacy, with economic resources and formal power.

Key words

Warlords, militias, clan chiefs, armed groups

■ INTRODUCCIÓN

A nadie se le oculta que los señores de la guerra –o warlords– contienen resabios feudales. A lo sumo, mirando de reojo cualquier cronograma –y siendo generosos– nos recordarían los acontecimientos vividos en la convulsa China de principios del siglo XX. Las milicias de diverso signo, también suenan a momentos en los que el Estado aún no era capaz de garantizar de *motu proprio* la seguridad de sus ciudadanos (o de sus súbditos) o bien a etapas en las que ese mismo Estado era demasiado incipiente como para disponer de un ejército regular digno de tal nombre. Por su parte, los clanes familiares entendidos como estructuras de poder político y hasta militar, nos retrotraen a la época en la que las primeras monarquías pugnaban por consolidar sus dominios en territorios hostiles. En Europa, el apogeo de estas entidades se vivió en la Edad Media, o en las primeras fases del Renacimiento. A lo sumo, ya en etapas de clara evanescencia, algunos de estos fenómenos alcanzaron a ver las primeras revoluciones liberales. Por eso, para hacerse una idea de lo que se esconde detrás de esta realidad parece necesario llevar a cabo un ejercicio de regresión histórica. Sin embargo, no es menos evidente que de un tiempo a esta parte esa mirada de guerreros ha resurgido de sus cenizas hasta acaparar portadas en los medios de comunicación y pasar a ser objeto de investigación en el campo de las ciencias sociales.

No tanto en Europa, como en otras latitudes, es verdad. Pero en un mundo como el nuestro, interconectado, eso los acerca a nosotros. Es más, en la época que nos ha tocado vivir, que lo es también de las redes de actores transnacionales, de la aldea global, o de la seguridad compartida, es natural que la irrupción de los nuevos señores de la guerra se deje notar allende las fronteras de los territorios en los que circunscriben sus actividades. Aunque sólo sea porque el impacto de su aparición termine generando efectos –muchas veces perversos– para esa seguridad internacional.

Con todo, es conveniente realizar un análisis desapasionado –científico, digamos– de los warlords, de las milicias y de los clanes, así como de las circunstancias que los rodean; de los efectos prácticos de su aparición (o de su reaparición, según se mire); de su idiosincrasia y de sus móviles; de sus puntos fuertes y de sus puntos débiles. Ese va a ser, en definitiva, el objetivo pergeñado en las siguientes páginas.

■ CONTEXTO HISTÓRICO Y POLÍTICO

Toda investigación comienza a partir de una primera observación. Algo que fomenta la curiosidad del espectador dotado de ansias de conocimiento. Claro que en este caso la curiosidad es también una inquietud. Una inquietud des-

perpada por un fenómeno que nos acecha –hablo en primera persona porque ya hablo en clave de sociedad internacional, por los motivos antedichos– sobre todo, a partir del final de la guerra fría. O del fin del mundo bipolar, que viene a ser lo mismo. Me refiero a lo que Mary Kaldor ha definido como las «nuevas guerras» y Steven Metz como las «guerras grises». Aunque son muchos más los que han identificado el problema sin ponerle etiquetas. Se trata de conflictos armados en los que se difuminan las fronteras. Todas las fronteras. Las del Estado, en primer lugar, habida cuenta de que alcanzan un gran protagonismo toda una miscelánea de actores no-estatales, muchos de ellos con conexiones en el exterior, dotados de armamento y de capacidad para desafiar al primero. Pero también esa vieja frontera existente entre las guerras convencionales, o clásicas y las guerras asimétricas, en las que alcanzan protagonismo actores no uniformados o irregularmente uniformados y armados, sin un encuadramiento en grandes unidades y con un sentido de la lealtad y de disciplina más bien escaso.

Kaldor decía, en este sentido, que nos hallaríamos ante un «desdibujamiento de las distinciones entre guerra [clásica], crimen organizado y violaciones a gran escala de los derechos humanos»⁽¹⁾, como queriendo indicar que en las guerras de hoy se dan todas esas cosas a la vez. No sólo juntas, sino también revueltas. Por su parte, Alice Hills habla de que esos conflictos están presididos por «la ausencia de ejércitos convencionales, de las típicas líneas de frente o de las reglas de la guerra comúnmente aceptadas a nivel internacional»⁽²⁾, destacando de ese modo que las irregularidades habidas en el decurso de estas guerras extrapolan con mucho la cuestión de la uniformidad o de las escalas de mando. Steven Metz, en fin, enfatiza que se trata de conflictos que combinan elementos propios de las guerras tradicionales y de las pautas del crimen organizado, de modo que envuelven «un enemigo o bien una red de enemigos que buscan primordialmente su propio beneficio, sin perjuicio de lo cual suelen tener un discurso político y una capacidad para la planificación estratégica y para la conducción del conflicto que extrapola la que es propia de quienes gestionan el crimen organizado»⁽³⁾.

Lo que está presente de modo más o menos explícito en todas esas aproximaciones al fenómeno es que esta mutación se ha producido, sobre todo, en aquellos lugares en los que el propio Estado ha entrado en crisis⁽⁴⁾. Se trata de una tesis central para nuestro análisis. En efecto, es entre las grietas de su monopolio de la violencia legítima que florecen los nuevos actores o las nuevas versiones de actores añejos. Por eso, a lo largo de este análisis, habrá que

(1) KALDOR Mary. *Las nuevas guerras. Violencia organizada en la era global*, Barcelona, Tusquets, 2001, p. 16.

(2) HILLS Alice. «Warlords, Militia and Conflict in Contemporary Africa: A Re-examination of Terms», *Small Wars and Insurgencies*, Vol. 8, n° 1 (spring), 1997, pp. 35-51.

(3) METZ Steven. *Armed Conflict in the 21st Century: The information revolution and post-modern warfare*. Carlisle Barracks, Strategic Studies Institute. US Army War College. 2000, pp. 56-57.

(4) RICH Paul B. *Warlords in International Relations*. New York: St. Martin's Press, 1999.

tener en mente la relación dialéctica que se plantea entre el Estado y los actores privados armados que surgen por doquier.

Ciertamente, los protagonistas han cambiado mucho en comparación con lo que fue frecuente en las dos guerras mundiales, o en las decenas de guerras interestatales lidiadas por cuestiones que tenían que ver con la pugna por el liderazgo regional o con disputas fronterizas y que han sido libradas desde entonces hasta nuestros días sin solución de continuidad. Frente a esa forma de combatir, en estas «nuevas guerras» proliferan las bandas de narcotraficantes, o de traficantes de armas –o de traficantes de cualquier otra cosa vendible en el mercado negro–; núcleos terroristas, más o menos conectados con algunos de los grandes grupos transnacionales; así como, también, actores como los que nos ocupan en este análisis. Otros autores de esta obra colectiva se han encargado de estudiar pormenorizadamente los aspectos relativos al tipo de combates que caracterizan estos conflictos (insurgencia) o a algunos de los actores aquí citados (delincuencia organizada, terrorismo, etc.). Por mi parte, me centraré en los señores de la guerra, aunque tratando de ofrecer una mirada amplia que permita, al mismo tiempo, establecer las conexiones y distinciones con figuras afines (clanes y milicias).

En este sentido, podemos adelantar que los warlords y las milicias son hijos de este mismo contexto del cual parte esta investigación. Son algunos de sus hijos predilectos, cabe añadir. Algo similar sucede con la politización y hasta la militarización de algunos clanes. Normalmente, estos actores armados no estatales vienen colaborando o compitiendo o enfrentándose abiertamente a algún ejército convencional todavía presente –en ocasiones en precario– en las zonas de conflicto. Si bien, como veremos, en algunos casos pueden tener la pretensión de ocupar su lugar sobre el terreno, reemplazándolo en el ejercicio de sus funciones. Todos ellos vienen sacando provecho de algún discurso ideológico –o hasta teológico– más o menos estandarizable con el que se halla en los manuales al uso. Si bien, de nuevo habrá que hacer muchos matices, porque esta dependencia de los discursos ideológicos conoce gradaciones y, en algunos casos, tiende a diluirse hasta casi desaparecer en beneficio de posicionamientos bastante más pragmáticos. Incluso puramente crematísticos.

Se trata, pues, de una mezcla de actores cada vez menos extraña. Siquiera sea por la fuerza de los hechos que genera, ya se sabe, costumbre. Pero también se trata de una realidad *in fieri*, con mucho recorrido por hacer que, por lo tanto, requiere del celo académico pertinente para tratar de conceptualizarla de la forma más precisa en aras a alcanzar una adecuada comprensión de lo que está aconteciendo. Paso previo indispensable para, en una fase posterior, tratar de hallar soluciones al entuerto planteado.

Y eso forma parte de la motivación del científico. Esa motivación que decíamos, en casos como éste, viene de la mano de la inquietud. No en vano, estu-

diar más y mejor lo que sucede con estos nuevos actores, en la medida en que comprometen la seguridad en el mundo globalizado que nos ha tocado vivir, puede ser también, llegado el caso, una excelente oportunidad para conocer mejor (quizá hasta para «comprender») las características de quienes algún día no tan lejano, por los avatares de la vida, puedan llegar a estar en la trinchera de enfrente. No sea que se repita aquello que tantas veces ocurre, esto es, que «demasiado a menudo las naciones usan la fuerza y van a la guerra sin una clara comprensión del enemigo que están a punto de enfrentar»⁽⁵⁾.

En esta línea y de acuerdo con esta lógica, a lo largo de todo el análisis se va a poner el acento en el fenómeno más insidioso, que es el de los señores de la guerra, pero desde el principio vamos a intentar establecer los parámetros más adecuados para deslindar esta figura de las afines lo cual, aunque sea a contraluz, también será adecuado para establecer un diálogo entre warlords, clanes y milicias.

■ WARLORDS Y JEFES DE CLAN. ¿MÁS DE LO MISMO?

Cuando uno levanta la mirada para avizorar lo que acontece en muchos de los Estados fallidos a los que hace un momento hacíamos referencia, puede comprobar cómo las tribus y los clanes recuperan protagonismo. Con independencia de que en esos territorios hagan acto de presencia los señores de la guerra, me refiero. La cuestión es más elemental. En muchas culturas han existido –desde tiempos inmemoriales– estructuras sociales basadas en vínculos de sangre que han logrado cierto grado de institucionalización. Los antropólogos lo saben bien. El concepto de familia ampliada ha tenido éxito, no sólo como núcleo de relaciones afectivas, sexuales o de mera supervivencia. Más allá de ello, esos núcleos han desarrollado pautas de convivencia capaces de regular la vida en común, generando una suerte de derecho consuetudinario y hasta órganos encargados de dirimir las controversias que puedan surgir entre los miembros de esos colectivos.

Por lo tanto, las tribus, subtribus y clanes son una de esas realidades que allí donde el Estado nunca ha sido lo suficientemente fuerte o ha sido demasiado artificial (estoy pensando en las administraciones coloniales) han venido operando con normalidad. Con espontaneidad, diríamos. Viene siendo usual considerar que la relación entre tribus y clanes es de tipo piramidal. Es decir, los clanes son concebidos como entidades de la misma naturaleza que las tribus, pero de menores dimensiones. Gráficamente, podrían ser pensados como subconjuntos de las tribus. Así lo entienden los expertos: «Un clan es la principal unidad de la organización tribal, estando basado en la asunción –real o imagi-

⁽⁵⁾ MAY Ernest. *Knowing One's Enemies*. Princeton, Princeton University Press, 1984, p. 535.

naría— de una descendencia común con respecto a los mismos ancestros»⁽⁶⁾. Otra cosa es que, debido a la autonomía de cada clan, sea perfectamente posible que se enfrenten diversos clanes de una misma tribu, a fuer de hacerlo con los que penden de otras tribus.

Con todo, muchas veces han operado en términos favorables a la garantía de la paz y del orden social en el seno de cada una de esas comunidades étnicamente definidas. Lo planteo porque, al menos en principio, esas tribus y clanes no necesariamente han sido una fuente de inestabilidad, sino que las más de las veces han contribuido a dotar de previsibilidad, razonabilidad y estabilidad a los territorios en los que se aposentaban. Pese a no estar basadas en el derecho positivo, existían unas reglas del juego conocidas, que requerían la obediencia de los individuos de cada comunidad y que regulaban la práctica totalidad de los aspectos económicos y morales de la misma. Eso es lo más parecido al principio de seguridad jurídica —tan caro a nuestros ojos, por obvias razones— que podían llegar a ofrecer a sus gentes las sociedades preestatales.

Más allá de esta constatación empírica básica —que en todo caso será convenientemente matizada cuando sea pertinente— la mera presencia o supervivencia de esas tribus y/o de esos clanes nos invita a pensar en términos de lo que Max Weber definía como legitimidad tradicional. Creo que es el marco teórico más adecuado para ello. En efecto, su *modus operandi* constituye la quintaesencia de lo que el sociólogo alemán tenía en mente al definir ese tipo ideal. Porque en tales casos toda la vida social pivota sobre unas reglas que no son inventadas ni pueden ser reformadas por ningún miembro o conjunto de miembros del grupo, sino que son fruto de una lenta sedimentación que viene durando siglos. A eso se le puede llamar tradición. De manera que los miembros de cada tribu son, a lo sumo, los albaceas de esa tradición, a la que en ocasiones se ha definido como la «legitimidad del eterno ayer» o como la «costumbre consagrada por su inmemorial validez»⁽⁷⁾.

Por lo tanto, esa norma emerge a modo de un baremo exógeno a la voluntad de esas gentes. Aunque ellos terminen interiorizándola como propia, por supuesto. Un baremo que opera como vara de medir la corrección de sus conductas y sobre el cual no poseen soberanía alguna. Por otro lado, la cohesión del grupo está garantizada, precisamente, por la aceptación y el cumplimiento de esas reglas compartidas y no negociables. Lo cual no deja de introducir en el escenario un criterio de corte consecuencialista del tipo —«las acepto porque son beneficiosas para la supervivencia del grupo»— más allá de sus pretensiones de bondad o de corrección *per se*. Un criterio no extraño, por lo demás, a la autoconciencia tribal o clánica. Porque, en el fondo, no hace más que reforzar

⁽⁶⁾ SHULTZ Richard H. y DEW Andrea J. *Insurgents, Terrorists and Militias. The Warriors of Contemporary Combat*. New York, Columbia University Press, 2006, p. 40.

⁽⁷⁾ WEBER, Max. *El político y el científico*. Madrid, Alianza editorial, 1997[1919], p. 85.

en cada uno de los miembros del colectivo la necesidad de respetarlas y de hacerlas respetar.

En ese sentido, los señores de la guerra, de ayer y de hoy, de occidente y de oriente, parece que son otra cosa. Al menos esto es lo que sugieren quienes tratan de poner tierra de por medio entre las dos realidades ahora tratadas. Lo planteo porque estamos ante un dilema académico muy rentable en aras a hilar fino en la comprensión de la realidad. Porque, aunque sólo sea intuitivamente, uno puede darse cuenta rápidamente de que los intereses de los warlords tienen menor densidad étnica y menor enjundia tradicional –o tradicionalista, para ser más exactos– que aquéllos que suelen ser satisfechos desde las tribus y clanes. De hecho, lo primero que viene a la cabeza cuando se piensa en señores de la guerra es que, en su caso –en su escala de valores, si se desea plantearlo así– lo crematístico ocupa un lugar de privilegio⁽⁸⁾. Mucho más que en los tendencialmente igualitarios colectivos guiados por solidaridades de corte étnico. Algo de eso es cierto. Sin duda. Entonces, seguramente las diferencias básicas entre ambos actores pueden desgranarse con más detalle a partir del esquema propuesto por Kimberly Marten⁽⁹⁾, siguiendo la misma línea ensayada por Wulf. Podríamos considerar las siguientes, a saber,

- 108 |
- a) los señores de la guerra ni siquiera disponen de un territorio de referencia en el que estén anclados. La variable primordial a considerar con respecto a sus tentativas de ocupar espacio concierne a las fuerzas disponibles, no a estrategias marcadas por el respeto a sus propias tradiciones;
 - b) los señores de la guerra no tienen apego a las reglas del juego preestablecidas en cada comunidad o, si en algún momento aparentan tenerlo, se trata de una conducta puramente instrumental. En este sentido, su vocación de servicio a la comunidad ya no constituye un fin en sí mismo, cosa que sí sucede en el caso de los líderes tribales;
 - c) los señores de la guerra poseen legitimidad entre sus seguidores. Ahora bien, es importante tener en cuenta que desarrollan un tipo de legitimidad distinta a la que ostentan los jefes de clan. Se trata de lo que Weber definiría como una legitimidad carismática, basada en relaciones de patronazgo en vez de en el respeto a una tradición⁽¹⁰⁾;

⁽⁸⁾ WULF Herbert. «Reconstructing the Public Monopoly of Legitimate Force», en BRYDEN Alan y CAPARINI Marina (eds). *Private Actors and Security Governance*. Zurich: Lit Verlag, 2006, pp. 87-106.

⁽⁹⁾ MARTEN, Kimberly. «Warlordism in Comparative Perspective», en *International Security*, Vol. 31, n° 3 (Winter), Massachusetts Institute of Technology, 2007, pp. 41-73.

⁽¹⁰⁾ No deja de ser ilustrativo que cuando Max Weber trata de poner algún ejemplo histórico de legitimidad carismática que sea fácilmente imaginable por el lector propone, sobre todo, el caso de los *condottiero*, esto es, alude a uno de los tipos más característicos de señor de la guerra habidos en la Europa bajomedieval y renacentista.

d) en parte como consecuencia de lo anterior, los señores de la guerra imprimen un sesgo claramente individualista a su forma de gobernar, por oposición a la imagen ofrecida por los consejos de ancianos, por las asambleas o por las cortes de justicia que presiden la vida de las tribus y/o de los clanes. Ni que decir tiene que eso no fomenta la cohesión grupal que va a descansar más bien en un delicado juego de equilibrios en el reparto de ganancias, no menos que en atributos vinculados a la *potestas* que el líder sea capaz de desplegar (aquí empleo este concepto por oposición al de *auctoritas*).

Sea como fuere, la diferente naturaleza de ambos actores no supone, teóricamente hablando, que los unos o los otros adquieran ventaja en lo que concierne a la gestión más eficaz de sus respectivos territorios o dominios. Dirimir esta cuestión es algo bastante más complejo. Aparentemente, los jefes de clan lo tienen mejor. Sobre todo porque gozan del soporte de esas normas consuetudinarias ya referidas. Pero su fortaleza, por ese mismo motivo, es una fortaleza prestada. Esos líderes, en estos casos, pueden ser discutidos tan pronto como se detecta su alejamiento de esas normas de referencia. Por el contrario, los señores de la guerra no cuentan con el respaldo de esos códigos éticos de largo recorrido histórico. Con lo cual, es otra forma de verlo, tampoco deben atender a las hipotecas que esos códigos generarían en contra de su autonomía decisional.

En cambio, según Marten su poder reside en su habilidad para obtener y (en su caso) repartir recursos (u opciones de futuro a esos recursos). Mientras que otros analistas recuerdan que si en algún lugar llegan a aflorar los señores de la guerra es, entre otras cosas, porque la única economía viable allí donde operan es la que ellos controlan⁽¹¹⁾. Y eso les otorga, lógicamente, un poder inusitado. Pero se trata de un poder basado en lógicas de tipo carismático. Lo que ocurre –y ése es su punto débil– es que aunque son los constructores de su propio estatus, cualquier carencia que tenga que ver con la distribución de los recursos clientelares al uso puede desembocar en una crisis de autoridad. Porque las legitimidades de tipo carismático son legitimidades ganadas. Y aunque el concepto de carisma lleva incorporado un crédito en beneficio del líder que lo ostenta, eso no significa que pueda ser descartada su ruina.

Por lo tanto, creo que como tipos ideales (empleo esta expresión en el sentido, precisamente, weberiano) las dos nociones volcadas en este análisis hasta el momento son necesarias y suficientes. Lo son para poner las cartas sobre la mesa. No obstante lo cual, otros autores responden aduciendo que la relación existente entre warlords y jefes de clan es algo más compleja. Lo entienden asumiendo que son dos cosas distintas. Pero quizá no tan distantes. Especialmente si atendemos a algunos casos reales, trabajando a pie de obra. Básica-

⁽¹¹⁾ BATTERA, Federico. «State-&Democracy-Building in Sub-Saharan Africa: the Case of Somaliland. A Comparative Perspective», en *Global Jurist Frontiers*, Vol. 4, nº 1, 2004, pp. 1-21.

mente, ocurre que a nivel doméstico se dan no pocas mixturas entre ambas categorías conceptuales.

De hecho, algunos analistas señalan que en las sociedades de base étnica todo lo que acontece –incluyendo, pues, en su caso, los fenómenos relacionados con la aparición de los warlords– depende de esa variable. Por ejemplo, no es fácil imaginar, en ese tipo de escenarios, que tengan éxito señores de la guerra extraños a cada tribu o clan. A su vez, los quehaceres de esos caudillos tendrán consecuencias que serán indefectiblemente medidas con base en su impacto sobre cada tribu o clan. Les guste o no a ellos y a sus intereses personales⁽¹²⁾. Otros autores, sin tener que llegar tan lejos, admiten que la casuística es variada y que, en todo caso, bastantes warlords no son otra cosa que subproductos (en el original, «outgrowth», que puede traducirse como excrecencia) de la propia guerra entre clanes⁽¹³⁾, con lo cual es razonable pensar que sus motivaciones también sean híbridas, a caballo entre las estrictamente personales –y crematísticas– y las de orden social. Sin que podamos descartar a la ligera las segundas.

De todos modos, eso no es óbice para que se siga entendiendo que en muchas ocasiones esas conexiones de base étnica no dejan de ser la tapadera de aventuras que poco o nada tienen que ver, en el fondo, con los derechos o las tradiciones de cada tribu o de cada clan⁽¹⁴⁾. En realidad, de acuerdo con estos autores, lo que se plantearía en esta tesitura es una suerte de «power game» fundado en el cálculo racional, en el que cada cual juega sus cartas –incluyendo la étnica– del modo más útil a sus intereses. Pero, si esto es verdad, respondería muy mal a la segunda formulación del imperativo categórico kantiano. Por no hablar de los casos en los que esos warlords terminan atentando contra las reglas de sus propias comunidades de referencia. No por principio, entiéndase bien, pero sí a la mínima que las identifican como un obstáculo a su ambición⁽¹⁵⁾.

No deja de ser significativo que en países como Afganistán los warlords proliferen en territorios dominados por los tayikos o los uzbekos, cuyos clanes están ya muy diluidos. En cambio, en las zonas tradicionalmente habitadas por los pastún (durrani y ghilzai) el peso de las estructuras tribales tradicionales hace que apenas se den supuestos de señores de la guerra o que, en caso de producirse, se trate de warlords de un perfil mucho más bajo⁽¹⁶⁾. Por todo lo cual, como decíamos más atrás, los tipos ideales de Marten –o los de Max Weber, en última instancia– siguen gozando de una elevada funcionalidad, a pesar de los pesares. Y a pesar

⁽¹²⁾ HOROWITZ Donald. *Ethnic Groups in Conflict*. Berkeley. Berkeley University Press, 1985, p. 12.

⁽¹³⁾ SHULTZ y DEW, opus citatum, p. 75 y 6.

⁽¹⁴⁾ BRAATHEN, Einar; BOAS, Morten; y SAETHER, Gjermund. *Ethnicity Kills?* New York, St. Martin's, 2000, pp. 8-9.

⁽¹⁵⁾ SAMATHAR S. S. *Oral Poetry and Somali Nationalism: The Case of Sayyid Muhammad Abille Hasan*. Cambridge, Cambridge University Press, 1982, p. 199.

⁽¹⁶⁾ GIUSTOZZI Antonio. «Señores de la guerra y actores regionales», en VVAA. *Afganistán. ¿El Irak de Obama?* *La Vanguardia Dossier*, nº 31 (abril-junio), 2009, pp. 32-35.

de que sea conveniente establecer los matices que sean, dentro de las escalas de grises que caracterizan estos y otros fenómenos sociopolíticos.

Como colofón a lo comentado hasta ahora, podríamos tratar de avanzar hacia un concepto operativo de warlord. Para ello seguiremos el esquema de trabajo propuesto por Alice Hills, que introduce varias opciones, en el fondo creo que complementarias. Una primera aproximación, de tipo formal –y en ese sentido, de mínimos– plantearía que un warlord es quien lidera un grupo armado integrado por tropas propias –es decir, por civiles armados– ubicado en un área geográfica concreta y que no reconoce autoridad superior⁽¹⁷⁾. Esta noción elemental sería fácilmente ampliable en términos de que los señores de la guerra suelen perseguir fines personales –con o sin cobertura política– y de que combaten en conflictos de baja intensidad⁽¹⁸⁾. Sin embargo, una versión más elaborada del concepto añadiría que su legitimidad no es de tipo tradicional, sino carismática y que, por eso, los mecanismos de control a su disposición suelen contener un alta carga de intimidación.

A todo esto, quedarían por definir, en su caso, las milicias. Suponiendo que, una vez perfiladas las otras dos categorías podamos seguir pensando que todavía queda un hueco para encajar una tercera dotada de rasgos específicos. Hills no sólo es partidaria de hacerlo, sino que opina que es conveniente reservar un espacio para ello. Aunque en mi opinión deba ser un espacio menor. Me explico. La relación entre milicias y los dos actores previamente definidos parece ser, básicamente, la propia de una ordenación de medios afines. Porque las milicias serían, precisamente, los grupos armados que operarían bajo el paraguas de un jefe de clan o de un señor de la guerra (*clan militias* o *personal militias*). Claro que –he ahí la novedad– también puede darse el caso de grupos armados que se emancipan de sus líderes o que desde el principio funcionan de acuerdo con sus propias agendas. En tales supuestos, el grupo prepondera sobre el líder. O no depende de él o de sus habilidades para lograr sus objetivos, que pueden ser cubiertos con líderes intercambiables de perfil más bajo. En todos estos casos se podría hablar de *freelance militias* si bien, tal y como señala Hills, en muchas de estas situaciones puede resultar complicado distinguirlas de las bandas organizadas de delincuentes comunes, sobre todo en escenarios como el africano.

■ RAZÓN DE SER DE ESTOS FENÓMENOS. ¿QUÉ INCENTIVOS TIENEN?

Aunque ya se ha comentado que la probabilidad de la aparición de este tipo de fenómenos es inversamente proporcional a la buena salud del Estado, es conveniente pasar de este marco explicativo básico a una exposición algo más detallada de sus premisas. En efecto, todo parece indicar que a esa condición de

⁽¹⁷⁾ HILLS, opus citatum, p. 36

⁽¹⁸⁾ *Ibidem*, p. 39.

posibilidad habría que sumarle otros ingredientes para que el cóctel de como resultado la puesta en escena de estos guerreros privados.

De los estudios en curso se desprende, ante todo, que los factores coadyuvantes son diversos y, de hecho, dispersos. Aunque puede ser que finalmente confluyan en un mismo espacio. En verdad, esa intersección de los factores que se exponen en los siguientes párrafos sería la receta perfecta para el advenimiento de los warlords. Veamos, pues, cuáles son los principales sumandos.

Por una parte, existen *presiones internas* favorables al surgimiento de este fenómeno. De hecho, no todos los Estados fallidos son iguales. Algunos se han caracterizado por provenir de etapas de colonización mal digeridas. Otros han surgido a partir de incipientes Estados postcoloniales con una fuerte presencia en la sociedad. Fuerte, sí. Pero también desordenada, sectaria y/o despótica. Incluso en términos de (la ausencia de) respeto a los derechos humanos más elementales. Estados que, las más de las veces, ha sido cuerpos extraños a esas mismas sociedades a las que en teoría estaban llamados a servir. Este fenómeno es muy característico del África subsahariana, aunque no sea exclusivo de esa área geográfica.

Esos Estados han generado sus típicas estructuras de poder, empezando por unas fuerzas armadas y unas fuerzas policiales, como no podía ser de otro modo. Son la quintaesencia del monopolio weberiano de la violencia legítima. En este sentido, son parte de la definición misma del Estado. Sin embargo, cuando esa sociedad ha visto como, sistemáticamente, esos aparatos del Estado eran empleados contra sus propias gentes, o contra una parte sustancial de las mismas, lejos de contribuir a generar una cultura política adecuada para fortalecer la convivencia social o la tolerancia mínima indispensable, solían auspiciar –casi como por inercia– el efecto contrario. En este sentido, hay Estados incipientes que han terminado siendo un acicate para la prosecución del sectarismo, para la corrupción (como norma más que como excepción a la norma) y, en general, para lógicas de uso interesado y fraudulento de los recursos ofrecidos por el poder.

De hecho, a la mínima que esos Estados dan síntomas de debilidad, sus agentes (militares, policías y, en su caso, jueces) se venden al mejor postor. Donde venderse debe ser interpretado en un sentido literal del término, por cierto. Abandonando o no sus viejos uniformes como parte del trato. Y eso con independencia de quién sea el postor. Esta situación se ha producido, sin ir más lejos, en diversos territorios sometidos a régimen colonial, en los cuales los señores de la guerra podían trabajar, indistintamente –no parece que la ideología fuese lo más importante– para la metrópolis en dificultades o para algún líder de movimientos de emancipación nacional en ciernes⁽¹⁹⁾.

⁽¹⁹⁾ BATTERA, opus citrate, p. 6.

Ese puede ser un aspecto fundamental. Sin perjuicio de lo cual hay que tener en cuenta que el capítulo de los ingredientes puramente internos es más amplio. Incluye la existencia de condiciones orográficas adecuadas para burlar las tentativas de combatir a los warlords por parte del Estado (por más que se trate de un Estado en ciernes y/o en precario, sus opciones tendrá). Hasta el punto de que algunos autores consideran que ésta puede ser una de las principales variables explicativas de la proliferación de este tipo de fenómenos⁽²⁰⁾. Como también la aparición de lo que algunos han definido eufemísticamente como un *Big Man*, dotado de las habilidades suficientes como para establecer y consolidar relaciones de patronazgo o clientelares en esos territorios, que se extiendan tanto al terreno de la provisión de seguridad física básica como al terreno económico⁽²¹⁾. Incluso, no faltan quienes añaden que la presencia de ciertas subculturas subyacentes contribuye sobremanera a la promoción y éxito de los warlords.

Pensemos en sociedades que valoran en positivo la guerra –e incluso, más específicamente, el tipo de guerra de baja intensidad que es propia de los escenarios en los que éstos operan–, la marcialidad, el coraje individual, o el uso de la fuerza para dirimir controversias, por más que todo eso puede resultar contra intuitivo de acuerdo con los parámetros morales prevalecientes a día de hoy en las sociedades occidentales⁽²²⁾ o pensemos, también, en sociedades que se asientan, directamente, sobre toda una mística del *raid*⁽²³⁾. Esto sería especialmente cierto en sociedades basadas en una economía nómada o seminómada puesto que por mor de la mera supervivencia en ambientes hostiles y dotados de escasas posibilidades de generar grandes excedentes, se habrían ido asimilando o normalizando este tipo de prácticas.

Por otro lado, como decíamos, existen también *factores externos* que contribuyen a la retroalimentación del warlordismo. Desde presiones de Estados interesados en desestabilizar al vecino mediante el apoyo a los señores de la guerra que operan en su seno (un clásico de la geopolítica) ofreciéndoles todo tipo de ayudas –dinero, armas, refugio en caso de necesidad– más o menos directas⁽²⁴⁾, hasta la presencia de mafias vinculadas a toda suerte de tráfico ilícitos que ya están configuradas (cada vez más) en forma de networks transnacionales. Hay que tener en cuenta que estas mafias pueden ser importantes para dar «salida» a los negocios que, a su vez, mantienen vivas las expectativas de esos warlords.

⁽²⁰⁾ FEARON James D. y LAITIN David D. «Ethnicity, Insurgency and Civil War». *American Political Science Review*. Vol. 97, nº 1 (February), 2003, pp. 75-90.

⁽²¹⁾ HILLS, opus citate, pp. 35-36.

⁽²²⁾ BOZEMAN, Adda. «War and the Clash of Ideas», en *Orbis* (spring, 1976, pp. 61-102.

⁽²³⁾ JANDORA John W. *Militarism in Arab History*. 1997, Westport, Greenwood Press, pp. 8-9.

⁽²⁴⁾ BATTERA, opus citate, p. 17. Este autor señala el ejemplo de Etiopía y Kenia en relación con el caso de Somalia y la razón es bien sencilla: ambos Estados temen las veleidades (tantas veces explicitadas) de una «Gran Somalia». Por lo tanto, en esta línea, los warlords también tendrían un papel que jugar en el tablero de los equilibrios regionales (o sub-regionales) de poder.

Algunos analistas consideran que, de hecho, esta relación entre los warlords locales y esas redes transnacionales constituye uno de los mejores argumentos para comprender la viabilidad de los primeros, más allá de las explicaciones simplistas –de corte autorreferencial– que los vislumbran como fines en sí mismos o como ejecutores de una violencia gratuita generada espontáneamente a partir de las grietas de algún Estado fallido. De acuerdo con esta aproximación, algo más compleja, los warlords también serían «un medio para un fin» y ese fin sólo sería comprensible a la luz de estos intereses más amplios ubicados al margen de la legalidad internacional⁽²⁵⁾. Aunque lo más probable sea que se trata de dos intereses diferentes que convergen en el tiempo y el espacio, lo cierto es que esto no desmerece en absoluto la primera afirmación en el sentido de que algunas claves del fenómeno de los señores de la guerra deben buscarse allende las fronteras de los Estados en los que operan.

Aunque esas conexiones con esos actores internacionales o transnacionales son las que copan las aportaciones de, digamos, la ortodoxia en este ámbito, tampoco son extrañas las que sugieren con creciente insistencia que se revise el papel real de algunas de las ONGs que operan sobre el terreno en muchos Estados fallidos. Ni que decir tiene que, en general, se alude a sinergias no voluntariamente buscadas ni deseadas por dichas organizaciones. Pero no por ello menos importantes a efectos prácticos. Por lo tanto, puede salvarse la buena fe de muchas de esas ONG, lo cual no debe ser óbice para poner sobre la mesa el problema planteado. Básicamente, la queja surge en torno al hecho de que algunos warlords terminan gestionando la ayuda humanitaria en su propio beneficio (y, como quiera que esto tiene mucho de juego de suma cero, en detrimento de sus teóricos receptores). Hasta el punto de que estas tendencias parasitarias serían una de sus principales fuentes de financiación. Máxime en países con escasos recursos propios.

El *modus operandi* puede ser variado, dentro de una horquilla fácilmente comprensible. Desde la apropiación pura y dura de esa ayuda para traficar con ella en el mercado negro⁽²⁶⁾, hasta el empleo de campos de refugiados como cuasi-santuarios⁽²⁷⁾, pasando por su conversión en improvisados protectores de los activistas de esas mismas ONGs, asumiendo el perverso rol de «poli bueno» –al modo como usualmente lo hacen las mafias tradicionales, también en occidente–⁽²⁸⁾. Las críticas más sutiles –y más duras– llegarían a discutir la *bona fides* de las ONGs alegando que, en última instancia, compartirían un objetivo con los warlords, esto es, el de mantener débil al Estado en sí mismo

⁽²⁵⁾ OTTAWAY Marina. «Rethinking Warlords», en *The SAIS Review of International Affairs*. Vol. 20, n° 2 (Summer-Fall). John Hopkins University, 2000, pp. 261-264.

⁽²⁶⁾ BATTERA, op. cit, 17; EASTERLY William. *The White Man's Burden. Why the West's Efforts to Aid the Rest Have Done so Much Ill and So Little Good*. New York: Penguin Press, 2006, p. 151.

⁽²⁷⁾ TERRY Fiona. *Condemned to Repeat: The Paradox of Humanitarian Action*. New York: Cornell University Press, 2002, pp. 244-245.

⁽²⁸⁾ SHULTZ y DEW, opus citrate, p. 76.

considerado pues, en ambos casos, ésa sería su razón de ser y de seguir existiendo en el futuro⁽²⁹⁾. Ocurre que, en todos los supuestos planteados, más allá de los detalles que afecten a cada uno de ellos, la ayuda humanitaria se estaría convirtiendo en una auténtica *weapon war*. Y no cabe duda de que los señores de la guerra anden detrás de ese succulento botín.

Lo que se deduce de la realidad de nuestros días es que en la mayoría de los casos han surgido entramados de señores de la guerra que, de una forma que nos resulta familiar, se vinculan entre sí a través de métodos tributarios, mediante la constitución de pirámides informales. Esto recuerda los añejos lazos de vasallaje. Sobre todo se produce en zonas en las que la orografía dificulta el dominio directo de un solo warlord, del mismo modo que entorpece cualquier tentativa del Estado en la misma dirección.

En esas situaciones los grandes señores de la guerra se muestran más dispuestos a aceptar la presencia de intermediarios entre sus cuarteles generales y los recursos materiales y humanos que desean controlar en su propio beneficio⁽³⁰⁾. Incluso podemos detectar casos de pequeños grupos organizados –quizá formados por pocas docenas de personas, o menos– que se dedican al pillaje o al asalto de convoyes, como modo preferente de vida, pero actuando por su cuenta y riesgo⁽³¹⁾. Sin embargo, es difícil que puedan mantener sus negocios sin pagar algún tipo de peaje a los warlords del lugar. Aunque sea de forma irregular o esporádica, en función de la capacidad de disuasión o de presión efectiva que tengan éstos últimos. Lo cual explica, dicho sea de paso, que de vez en cuando se produzcan enfrentamientos entre los unos y los otros.

■ LA DIALÉCTICA ENTRE LOS SEÑORES DE LA GUERRA Y EL ESTADO

En primera instancia cabe afirmar sin temor a equívocos que en aquellas sociedades en las que el Estado es demasiado débil para ejercer los atributos propios de su soberanía surgen, casi inercialmente, tentativas de garantizar lo que aquél no puede. Sería una versión adaptada del *self-help* anglosajón⁽³²⁾. Esto quizá pueda sugerir una versión excesivamente «buenista» del fenómeno pero, notoriamente, no está exenta de cierta verosimilitud. Lo natural es que la gente no se quede cruzada de brazos cuando nadie es capaz de promover unas condiciones mínimas de seguridad, por ejemplo. Surgen alternativas. Surgen a partir de una mezcla de espontaneidad en contextos de supervivencia y de frío cálculo racional en circunstancias extremas.

⁽²⁹⁾ JARVIK Laurence. «NGOs: A 'New Class' in International Relations». *Orbis* (spring), 2007, pp. 217-238.

⁽³⁰⁾ GIUSTOZZI, opus citatum, p. 33.

⁽³¹⁾ MARTEN, opus citatum, p. 58.

⁽³²⁾ SHULTZ y DEW, opus citatum, p. 54.

Eso lo saben hasta algunos de los más acreditados defensores de lógicas políticas cuasi-anarquistas en nuestros días, y lo recogen aludiendo metafóricamente a la aparición de coaliciones o hasta de compañías de seguros en contextos preestatales que se corresponden, *de facto*, con el estado de naturaleza hobbesiano⁽³³⁾. Lo cual puede contribuir, evidentemente, a que la coerción adecuada para asegurar la viabilidad de la vida en común termine siendo un bien de mercado, por cuya provisión compiten diferentes actores, en su caso mediante el empleo de ciertas dosis de violencia interna⁽³⁴⁾.

En este escenario, los warlords cubrirían el hueco dejado por el Estado hasta el punto de instituir, ellos mismos, una suerte de pseudo-Estados. Obviamente, buscarán el modo de lograr que esto sea compatible con sus propios intereses individuales. Nada nuevo bajo el sol, en definitiva, cuando en la literatura científica también se viene discutiendo el supuesto carácter inmaculado de los Estados occidentales de nuestros días –por citar a los más consolidados– en lo que a representación de intereses particulares se refiere⁽³⁵⁾. En el fondo, lo que sucede es muy complicado y, a la vez, es muy sencillo. Es decir, los Estados tienen problemas de consolidación cuando no consiguen establecer las bases fiscales imprescindibles para levantar los monopolios de la violencia legítima weberianos a los que aspiran a dar forma⁽³⁶⁾. Otras cosas pueden ser convenientes, pero sin este componente esencial no hay nada que hacer al respecto. Entonces, los warlords se encargarían de buscar una fuente alternativa de recursos⁽³⁷⁾.

Aunque eso se haga de modo irregular, a veces mediante ejercicios de la coerción difícilmente confesables en la forma y en el fondo, arbitrarios y/o sin impugnación posible ante tribunal alguno digno de tal nombre y casi siempre, por esas mismas y otras razones, vulnerando las leyes vigentes (nacionales e internacionales). La cuestión es que con esos recursos los warlords podrían pagar los sueldos o las soldadas a sus secuaces así como las armas que éstos portan. Y de ese modo, pueden mantener el orden, por más que sea de un modo un tanto *sui generis*, bastante alejados de los baremos de seguridad jurídica y de previsibilidad a los que nos tiene acostumbrados el Estado de derecho. Lo que ellos estarían en condiciones de levantar sería, pues, un simulacro de Estado. No mucho más que eso. Pero tampoco mucho menos que eso. De ahí, también, la ostentación de cierta legitimidad por parte de los warlords, en los

⁽³³⁾ NOZICK Robert. *Anarquía, Estado y Utopía*. México DF, Fondo de Cultura Económica, 1974.

⁽³⁴⁾ MBEMBE Achille. «Necropolitics», en *Public Culture*, n° 15, 2003, pp. 11-40.

⁽³⁵⁾ Pienso en el debate académico surgido en torno a la distribución del poder entre los grupos de presión en sociedades democráticas y que se extiende a lo largo de un eje conceptual que se extiende desde el pluralismo del primer Robert Dahl hasta el estructuralismo marxista de Poulantzas, pasando por todo un abanico de autores semi-pluralistas y elitistas.

⁽³⁶⁾ FEARON y LAITIN, opus citatum, p. 76.

⁽³⁷⁾ MENKHAUS Ken. «Governance without Government in Somalia», en *International Security*, Vol. 31, n° 3 (winter), 2007, pp. 74-106

términos indicados en el epígrafe correspondiente de este análisis. Algo a no olvidar cuando nos enfrentamos a esta realidad.

Así las cosas, fenómenos del tipo de los señores de la guerra, milicias o clanes serían la otra cara de la moneda de un Estado fallido o en proceso de quiebra. Entendiendo que los unos y/o los otros cubrirían de algún modo el espacio liberado por la defección del primero. Ahora bien, sentada esta premisa, el argumento prosigue. No en vano, como señalan algunos expertos, toda vez que alguno de estos actores trata de consolidar su propio poder, los hipotéticos incentivos para desarrollar estrategias de *state-building* disminuyen. No es ninguna obviedad. Además de que este argumento tiende a reducir, *ipso facto*, el peso de las consideraciones «buenistas» señaladas unas líneas más atrás.

En efecto, lo que ahora se plantea no es sólo que los warlords o los líderes de clanes sean una suerte de *free-riders* dispuestos a aprovecharse de los recursos potencialmente absorbibles por cada Estado. Más allá de esto, ocurre que unos y otros pueden –suelen, según algunas versiones– convertirse en denodados opositores a la futura consolidación del Estado. Básicamente porque compiten por los mismos recursos –ésos que acostumbran a ser objeto de fiscalidad o de rapiña y con los cuales se pueden pagar los sueldos de los servidores «públicos», tanto pacíficos trabajadores civiles como, llegado el caso, sujetos armados⁽³⁸⁾. Y porque las legitimidades están repartidas, a ojos de los propios ciudadanos, habida cuenta de que en ocasiones se benefician de la posibilidad de vivir en «zonas pacificadas» por esos warlords⁽³⁹⁾, con una sensación de libertad y de contención de la corrupción que quizá ni siquiera estén en condiciones de ofrecer los Estados en cuanto tales.

Por lo tanto, si todo esto es cierto, los warlords y otros actores –pero muy especialmente los señores de la guerra– serían algo más que sujetos pasivos de la dejadez o de la inutilidad de algunos Estados para pasar a ser sujetos activos –causantes, pues– de su implausibilidad y de su miseria *qua* Estados⁽⁴⁰⁾. Es más, ésa sería la piedra filosofal de la agenda de muchos warlords y aquí ya no cabrían las espontaneidades ni las inercias⁽⁴¹⁾. En algunos casos, los warlords

⁽³⁸⁾ MANTZ, Jeffrey W. «Improvisational economies: Coltan production in the eastern Congo», en *Social Anthropology*, Vol. 16, n° 1, 2008, pp. 34-50. La obtención de Coltán en la República Democrática del Congo, la de diamantes (los tristemente famosos «*blood diamonds*») en Angola y otros países del África subsahariana son ejemplos elocuentes de estas dinámicas, como también lo son las prometedoras extracciones de petróleo realizadas en países como el Chad.

⁽³⁹⁾ BATTERA, opus citatum, p. 4. En la misma dirección, MENKHAUS, op. cit, p. 82. Battera presenta el caso de los logros del líder tayiko Masud en el valle del Panshir, en Afganistán, incluso en alguno de los peores momentos de las diferentes guerras que tuvo que gestionar. Ya sea contra el gobierno pro-soviético de Kabul, en su día, o contra el Estado en manos de los talibán, en época más reciente.

⁽⁴⁰⁾ KUNZ Frank. «Civil Society in Africa», *Journal of Modern African Studies*. Vol. 33, n° 1. 1995, p. 186.

⁽⁴¹⁾ OTTAWAY, opus citate, p. 264.

optan por aislar sus dominios de toda injerencia de los Estados que, siquiera sea en precario, pugnan por dotar de sentido su teórica soberanía aqueude sus fronteras. Un buen ejemplo de esta postura es Asari Dokubo, en el Delta del Níger, que llegó a crear una potente milicia, conocida como *Niger Delta People's Volunteer Force*, con la aspiración de mantener sus actividades delictivas y lucrativas sin intromisiones del gobierno de Lagos.

Todo parece indicar que en sociedades tradicionalmente basadas en clanes esta agenda se ve reforzada, cuando no impulsada, por una lógica ancestral según la cual la oposición no se plantea contra un u otro Estado, sino contra toda tentativa de construir cualquier Estado⁽⁴²⁾. Entonces, cuando los warlords surgen en contextos que se adhieren a este perfil, su inquina contra el Estado –ya de por sí planteable en términos de un elemental ejercicio de *rational choice*– se nutre también de criterios normativos que no hacen sino añadir más leña al fuego.

El problema viene dado por el hecho de que, siendo como es (de débil) ese Estado, esos actores armados no estatales se convierten en competidores tremendamente eficaces. Tanto que, en ocasiones, algunos Estados terminan rivalizando con algunos señores de la guerra por el control de... ¡la capital!⁽⁴³⁾. Pensemos en el caso angoleño. El gobierno del Estado –a través de la empresa ASCORP– y UNITA se han venido disputando el control de los recursos naturales más lucrativos. A sabiendas de que quien controle el poder en Luanda tendrá una pátina de legitimidad añadida –sobre todo a la hora de potenciar su relación con los actores internacionales más serios– que, a su vez, imprimiría un ritmo más fuerte a su tentativa de fagocitar y explotar los recursos económicos pergeñados. O tendrá la posibilidad de firmar contratos en los que todo esté en regla. Lo cual aporta una ulterior garantía en cuanto que sea preciso abrir o responder una causa judicial que tenga que ver con ese particular. Lo mismo acontece en el Chad. En este último caso, las expectativas de obtener grandes cantidades de crudo hicieron que el gobierno del Estado se apresurara a entablar negociaciones con primeras espadas mundiales del negocio, como Chevron, ExxonMobil y Petronas, que enseguida recibieron el apoyo del Banco Mundial. Cosa vetada a los actores que, a lo largo y ancho de su territorio, se mantienen –no siempre vocacionalmente–, al margen de la ley.

Sin embargo, quien sea visto por la sociedad internacional como un warlord estará condenado a entablar negocios con actores privados marginales, menos poderosos o de menor confianza. O bien con actores que solicitan un margen

⁽⁴²⁾ LIEVEN A. *Chechnya: Tombstone of Russian Power*. New Haven: Yale University Press, 1999, p. 302. Lieven señala el caso checheno como prototípico, en esta dirección. A su entender, los warlords locales son una expresión endémica de la pugna por evitar que alguien ajeno a las tradiciones del país controle sus tierras y sus recursos, sean pocos o muchos. Pero es evidente que Somalia, Afganistán y muchos países del África subsahariana comparten en mayor o menor medida este rasgo.

⁽⁴³⁾ RENO William. «Order and commerce in turbulent areas: 19th century lessons, 21st century practice», en *Third World Quarterly*. Vol. 25, n° 4, 2004, pp. 607-625.

de beneficio mayor, dadas las evidentes dificultades presentes en este tipo de situaciones, que incrementan el riesgo inherente a sus negocios. Son las cosas del mercado negro. En ese sentido, el premio por excelencia a ojos de algunos de los señores de la guerra más poderosos es dejar de serlo... para pasar a ser ellos mismos los nuevos dirigentes de las sociedades sometidas a este tipo de tensiones. Aunque la siguiente pregunta –de no fácil respuesta– tendría que ver con si este cambio de roles altera en lo fundamental la noción de warlord. De esta manera, un ex presidente chadiano se echó al monte para liderar el «Movimiento para la Democracia y la Justicia en el Chad», con la pretensión de regresar al poder por esa vía. Cabe pensar que no lo hizo con la mirada puesta en resolver nada esencial en lo que se refiere a la potenciación de los atributos de un Estado que merezca tal nombre, sino para prolongar desde los resortes ofrecidos por el poder formal su misma lógica crematística de siempre.

Lo cual significa, en esta línea, que las diferencias existentes entre los warlords –entre los más poderosos de entre ellos, cuanto menos– y los Estados pueden llegar a difuminarse mucho. Hasta casi borrarse, en los casos más extremos. De hecho, esto nos sitúa en la antesala del fenómeno de esos señores de la guerra que como culminación de su huída hacia adelante llegan a hacerse, *de facto*, con el gobierno de todo un Estado. Pero para comprender mejor estas diferentes opciones en las estrategias de los señores de la guerra, así como para hacernos con una imagen más adecuada de las razones de su éxito –cuando lo ha habido– quizá sea conveniente hacer un repaso de lo acontecido en algunos de los casos más emblemáticos.

■ RADIOGRAFÍA DEL WARLORD

Podría decirse que, lo que son señores de la guerra, haylos de toda condición. Sin embargo, los escenarios en los que han proliferado demuestran que la imagen que de ellos se ha fomentado desde los medios de comunicación de masas en occidente no siempre se corresponde con la realidad. Sobre todo si aludimos a los warlords que han cosechado más éxitos y que son, por esa misma razón, los casos más interesantes. Entonces, un repaso a las hemerotecas mostraría que en demasiadas ocasiones se les presenta como poco más que los pistoleros o los bandoleros del siglo XXI. Eso cala, lógicamente, en la opinión pública. De manera que, en conjunto, podría decirse que nuestras sociedades vienen sumando una serie de tópicos nada adecuados para una mejor comprensión del fenómeno. Pero el problema más grave sería que estos tópicos llegaran a arraigar entre la propia clase política. De ahí que sea conveniente matizar esa imagen un tanto denostada que acompaña a los warlords.

Seleccionar casos no es fácil, atendiendo al amplio espectro disponible. Pero, en aras de la ecuanimidad, lo más pertinente quizá sea atender a algunos de los

escenarios que más han contribuido a popularizar el concepto en las últimas décadas. Hurgar en esos escenarios ofrece la mejor pista para descubrir la forma de ser y de hacer de estos actores. Lo cual puede contribuir a comprender mejor la realidad a la que nos enfrentamos. En esta línea, países como Somalia, Afganistán o Liberia, ofrecen un excelente marco analítico. Aunque algunos autores insisten en tener en cuenta, también, territorios como Chechenia o bien otros países del África subsahariana (Angola, Congo, Sierra Leona, etc.). Entonces, lejos de la pretensión de llevar a cabo un análisis pormenorizado de cada uno de esos casos en este capítulo –lo cual requeriría una obra de mayor envergadura– creo que es factible hacerse con una visión panorámica, no exenta de rigor, acerca de sus vicisitudes.

La exposición puede comenzar mediante el recurso a una anécdota sangrante. Se refiere a Somalia y tiene como protagonista a Aidid, el señor de la guerra por excelencia en esas latitudes. Corría el año 1993 y, en el contexto de la misión UNOSOM II, se decidió pedir una recompensa por su cabeza. Para publicitarlo, se distribuyeron pasquines y pósters por todo Mogadiscio. Ahí se definía a Aidid como un criminal de guerra y hasta como un gamberro («thug»). Quizá por ese motivo la recompensa ofrecida ascendía a 25.000 dólares⁽⁴⁴⁾. La cuestión es que Aidid se sintió insultado. No por el hecho de que pusieran precio a su cabeza (eso lo asumía con naturalidad y hasta con relativa tranquilidad). Sino por el hecho de que sólo se ofreciera esa cifra. Así que, haciendo gala de un humor más bien occidental, decidió jocosamente ofrecer 1.000.000 de dólares por la cabeza del almirante Howe, a la sazón representante de la Organización de las Naciones Unidas en Somalia y, por ende, cabeza visible de UNOSOM II. Pero, ¿quién era este buen hombre, que había sido capaz de desafiar a las tropas de la principal potencia militar del mundo en las calles de Mogadiscio de un modo bastante parecido al que la película «*Black Hawk* derribado» ha inmortalizado?

Un somero repaso a su *currículum vitae* nos indica que se trata de un tipo culto que, además de las lenguas nativas, se manejaba cómodamente en tres idiomas (inglés, italiano y ruso). Aidid había perfeccionado los dos últimos como resultado de sendas estancias en academias militares. Estuvo en Italia, en los años 50 y también en la célebre academia Frunze, en la URSS, a partir de 1963. Pero a esa formación militar le añadía una acendrada veta intelectual. Porque los idiomas son útiles para manejar información. La sabiduría –o, si se prefiere, la cultura– es el objetivo final. Pues bien, Aidid era un warlord perteneciente al subclan Habr Gedir o, lo que es lo mismo, al clan Hawiye. Algo que muchos occidentales encajarían con el perfil de un nómada analfabeto y desarrapado. He ahí el error. Aidid era un tipo muy culto. En efecto, buen conocedor de la historia de su país y devorador de libros piadosos, Aidid puede ser conside-

⁽⁴⁴⁾ Finalmente, Aidid murió como resultado de un tiroteo en las calles de Mogadiscio, en agosto de 1996. Al parecer se trató de un enfrentamiento entre bandas rivales.

rado como un sintetizador de las tesis teológicas y de las nacionalistas⁽⁴⁵⁾. En particular, siempre se consideró seguidor de un precursor: Sayyid Mohammed Abdulla Hassan. Una especie de monje-soldado que combatió con fiereza a los dos enemigos principales de los somalís a lo largo de las dos primeras décadas del siglo XX (Etiopía y el Reino Unido, en este orden, por cierto). Lo hizo como lo hacen los miembros de las tribus nómadas, mediante la guerra de guerrillas y mediante la apología de los *raids*.

No podemos omitir que Aidid escribió tres libros antes de comenzar sus andanzas como señor de la guerra. El más interesante de ellos, *Somalia: From the Dawn of the Modern Ages* contiene, precisamente, una glosa de su antecesor. Como él, Aidid era sunita wahhabita. Como él, Aidid adhería a un concepto étnico de nación. Como él, Aidid hizo bandera de la guerra irregular, de la guerra sin cuartel y con pocas reglas. Claro que tampoco era un intelectual cualquiera. Además de todo lo anterior era un intelectual con dotes para la política (cosa no tan frecuente) o incluso para la alta política. Su carrera sería estandarizable, en esta línea, con la de algunos políticos occidentales... de éxito. También tuvo quehaceres diplomáticos de muy alto nivel. De hecho, entre otros cargos había desempeñado el de embajador de Somalia en la India. Todo ello, como digo, antes de que los miembros de su clan, en un momento de apuro, lo proclamaran formalmente *abatira* que significa, literalmente, «padre de la guerra». Un señor de señores. Pero se trataba de un epíteto que Aidid aceptaba un poco de mala gana porque él —después de haber leído lo anterior al lector ya no le resultará tan sorprendente— siempre se había considerado, por encima de cualquier otra consideración, como un político. Es más, si atendemos a su currículum, diríamos que se trata de un político con una formación inusual, por amplia y variada.

La moraleja es clara. Es probable que la cabeza de Howe valiera un millón de dólares, habida cuenta de que la cabeza de cualquier ciudadano vale cerca de 200.000, sin tener que ostentar cargos de relevancia. Pero parece claro que en occidente, a veces, hemos subestimado a los warlords. O, cuanto menos, a los casos más relevantes de señores de la guerra que son, al fin y al cabo, los que han puesto las cosas más difíciles a la sociedad internacional. Con frecuencia, se ha hecho una caricatura de estos personajes. Quizá por desconocimiento. Pero al final ese desconocimiento es negligencia. Lo cual constituye un craso error con nefastas consecuencias prácticas, que no nos podemos permitir. Los estadounidenses lo experimentaron en sus propias carnes.

Podría aducirse que el caso de Aidid es excepcional. Porque, ciertamente, se trata de un hombre excepcional. Ahora bien, sin llegar a alcanzar esos niveles, otros escenarios muestran también la propensión al éxito de líderes muy fogueados y con grandes aptitudes personales para el ejercicio del poder. Pensemos en Afganistán. A su vez, valgan como botón de muestra los ejemplos

⁽⁴⁵⁾ SHULTZ y DEW, op. cit, p. 93.

de Rashid Dostum o de Ismail Khan. Ambos tenían formación militar previa. Como Aidid, los dos eran sintetizadores de lógicas tribales, fácilmente mesurables en clave etnonacionalista y de lógicas religiosas –más o menos radicales, pues en este punto existen gradaciones–. Es decir que, como Aidid, buscaron un respaldo ideológico elemental para recubrir sus objetivos personales.

Dostum, sin ir más lejos, es uzbeko y se considera a sí mismo como el portavoz natural de esa minoría afgana en los aledaños del gobierno de Kabul. Es sunita, aunque bastante moderado para lo que se cuece en la zona. Pese a la más bien escasa tradición de partidos políticos en Afganistán, alrededor suyo ha nacido y crecido un partido de corte nacionalista, el *Junbesh*. Que, dicho sea de paso, como suele ser frecuente en Afganistán, es más bien un partido-milicia. Hay que tener en cuenta que Dostum fue general del ejército afgano y aliado hasta casi el último momento de Najibullah. Fue una pieza clave para asegurar que el gobierno pro soviético de Kabul mantuviera a raya a los muyahidín durante casi tres años a contar desde la salida del país protagonizada por las tropas de Moscú. Como también lo fue para garantizar el éxito de esos mismos muyahidín tan pronto como él apostó por uno de sus por lo demás bastante frecuentes cambios de bando. Lo cual da idea de sus dotes de mando. Y probablemente, también, de su visión estratégica (en clave política, me refiero).

Pero lo más espectacular, en el caso de Dostum, es que más allá de los considerandos jurídico-formales, logró establecer su dominio –a modo de un auténtico señor feudal– en las provincias turcomanas del norte de Afganistán (hasta siete de ellas estuvieron bajo su control). De modo ese dominio personal tenía muchos de los atributos de un Estado, sin llegar a serlo y, desde luego, sin ser reconocido como tal por nadie en el mundo. Ahí estaban imbricados en una amalgama confusa sus negocios, su compañía aérea (Balkh Air) que también era parte de esos negocios, sus escuelas y universidades, o su peculiar forma de impartir justicia. Más contundente que lo indicado por la Sharia puesto que Dostum, como buen señor de la guerra, no deseaba tener hipotecas forjadas en el seno de ninguna tradición que limitaran su capacidad de decisión a ojos de sus súbditos.

Pero sobre todo, como todo señor de la guerra que se precie, ahí estaba su ejército privado. Un ejército que llegó a contar con más de 40.000 hombres, con centenares de vehículos blindados –incluyendo carros de combate, transportes de tropas y piezas de artillería ATP– así como varias decenas de aviones y helicópteros⁽⁴⁶⁾. Junto a este dato, de por sí espectacular, llama también la atención que Dostum llegara a acuñar su propia moneda que, por razones fácilmente comprensibles, sólo tenía validez en el interior de su particular hinterland económico-político. Sí. Aquí tenemos un segundo retrato de warlord. Un señor

⁽⁴⁶⁾ GRIFFIN, Michael. *El movimiento talibán en Afganistán. Cosecha de tempestades*. Madrid: Catarata, 2001, p. 54.

feudal de los pies a la cabeza. Un individuo capaz de crear un pseudo-Estado paralelo al Estado en el cual se integra oficialmente. Todo ello sin necesidad de romper amarras con la capital, pero también sin tolerar que nadie le diga lo que puede hacer o dejar de hacer en lo que considera su casa.

Dotado de un fuerte pragmatismo, Rashid Dostum tuvo a bien recibir sobornos de Irán y de Pakistán al unísono⁽⁴⁷⁾. Algo no tan fácil. Si bien una de sus principales fuentes de financiación ha sido Turquía⁽⁴⁸⁾, que es el único de los tres Estados citados con el que un uzbeko como Dostum podría tener algún vínculo étnico. Lo cual demuestra una vez más la incidencia de actores internacionales clásicos en la aparición y/o potenciación de los warlords. Experto en cuadraturas del círculo, la trayectoria de Dostum denota la audacia de algunos de estos señores de la guerra en su faceta de garantes de esa «gobernanza sin gobierno» tan característica de sus quehaceres. La cuestión es que durante muchos años Dostum logró mantener la paz dentro de sus provincias y logró asimismo mantenerlas a salvo de las derivas de la guerra civil afgana. Por lo cual se ganó el respeto de sus gentes, dentro de una lógica eminentemente caudillista. Dostum, como el buen Príncipe de Maquiavelo era a la vez amado y temido y, por ende, gozaba de un amplio apoyo popular. Un apoyo que ya quisieran para sí muchos jefes de Estado y de gobierno.

El caso de Ismail Khan quizá no fue tan espectacular. No era fácil que lo fuera, pues el listón estaba muy alto. Pero la verdad es que, en lo esencial, tampoco fue muy diferente del de Dostum. Tayiko, sunita y dari-hablante, este hombre también hizo carrera militar por cuenta del Estado, es decir, dentro de los conductos oficiales⁽⁴⁹⁾. Si bien, en lo que a él respecta, podemos añadir que se dedicó a fustigar a las tropas soviéticas desde el mismo día en que pusieron sus pies en Afganistán⁽⁵⁰⁾. Ante la falta de estructuras estatales capaces de aglutinar y de homologar una resistencia unificada, se convirtió en el señor de Herat. A todos los efectos. Porque una vez derrotada la URSS, lejos de entregar la batuta al gobierno del también tayiko Burhanudin Rabbani, en Kabul, Ismail Khan siguió tomando sus propias decisiones en aspectos tan cercanos al concepto de soberanía como la recaudación de impuestos o el mantenimiento de sus propias tropas. En relación con la primera cuestión hay que tener en cuenta que su principal fuente de ingresos dimanaba, precisamente, de las aduanas. En concreto, las que permitían gravar el lucrativo comercio con Irán, respecto de las cuales no rendía cuentas en Kabul o, en el mejor de los casos, lo hacía a su manera. En lo que concierne a sus fuerzas armadas, valga decir que según cál-

⁽⁴⁷⁾ RASHID, Ahmed. *Los talibán*. Barcelona: Península-Atalaya, 2001, p. 95.

⁽⁴⁸⁾ GIUSTOZZI, opus citatum, p. 35.

⁽⁴⁹⁾ Nótese que el perfil de los warlords afganos es muy similar al de los chechenos, empujando por el mismo Dudayev, que también fue formado como oficial en academias militares, en este caso soviéticas.

⁽⁵⁰⁾ COLL, Steve. *Ghost Wars: the Secret History of the CIA, Afghanistan and Bin Laden, from the Soviet Invasion to September 10, 2001*. New York: Penguin Books, 2005, p.40.

culos válidos para los primeros años noventa llegó a disponer de unos 20.000 efectivos y abundante armamento pesado⁽⁵¹⁾.

En los dos casos se confirma la presencia de juegos de suma cero con el Estado afgano. Las cuotas de poder alcanzadas por estos grandes warlords son cuotas de poder sustraídas a un gobierno que, al menos en teoría, debería ostentar el control real del brazo armado del país, de la fiscalidad, del poder judicial o de la circulación de la moneda, entre otros campos de actuación nucleares.

En este sentido, Rashid Dostum e Ismail Khan no se limitaron a aprovecharse de las lagunas de un Estado en bancarrota económica e institucional tras la invasión soviética y la subsiguiente guerra civil. Hicieron mucho más que eso. En realidad, su empeñamiento en mantener los privilegios alcanzados por la fuerza de los hechos era, en sí mismo, un pulso a Kabul y un lastre para la reconstrucción del Estado (con sus atributos elementales) en el conjunto del territorio afgano. Si bien el formato de su actuación no pasó tanto por la conquista de la capital como por lograr que desde la capital les dejaran las manos libres para poder seguir haciendo sus negocios en sus feudos.

Aunque, por otro lado, no puede decirse que ninguno de los dos líderes citados tuviera especial interés en que al gobierno de Karzai las cosas le fuesen mal. Aunque sólo fuese por el temor a los talibán –que en su día llegaron a expulsarlos físicamente de Mazar-e-Sharif y Herat, respectivamente⁽⁵²⁾. Tanto es así que cuando Karzai les lanzó una OPA amistosa para que se integraran en el gobierno de Kabul, ambos aceptaron de buena gana⁽⁵³⁾. Lo cual tampoco permite deducir automáticamente que las cosas cambiaran de modo sustancial en sus feudos de siempre. Por eso, casos como estos ilustran a la perfección la presencia de zonas grises, con tendencias que a veces lo son a la cooperación pero también –en otras ocasiones– al conflicto, entre unos señores de la guerra de altos vuelos y unos Estados en baja forma. Una combinación explosiva pero no

⁽⁵¹⁾ RASHID, Ahmed. *Descens al caos*. Barcelona: Biblioteca Universal Empúries, 2009, p.159.

⁽⁵²⁾ Efectivamente, no podemos olvidar que los talibán han sido, en tiempos recientes, quienes han estado más cerca de unificar bajo una única égida todo el territorio afgano. En el camino que tuvieron que recorrer para lograrlo, consiguieron que Ismail Khan se refugiara en Irán tras la caída de Herat (1995). Mientras que Dostum acabó en el exilio tras la toma de Mazar-e-Sharif por parte de los seguidores del Mulá Omar (1998, tras una primera tentativa fallida en el curso anterior).

⁽⁵³⁾ Ismail Khan fue nombrado ministro de energía, mientras que Dostum asumió el cargo de Jefe de Estado Mayor del Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas de Afganistán. Sin embargo, las milicias de Dostum seguían dirimiendo rencillas en el norte de forma poco ortodoxa. Por ejemplo, contra las tropas del general tayiko Atta Mohammed Noor. Esta dinámica alcanzó su clímax cuando, en febrero de 2008, las tropas de Dostum asaltaron la casa de Akbar Bai, un viejo aliado suyo con el que las relaciones se fueron complicando. Eso, y las continuas acusaciones de corrupción hicieron que dejara su cargo para pasar un tiempo en el exilio turco, antes de dejarse ver de nuevo en Afganistán.

tan novedosa. Similar, por ejemplo, a la vivida en los primeros tiempos de muchas monarquías mal llamadas absolutas en la Europa de los siglos XIV-XVI.

Todo ello ha generado los consiguientes quebraderos de cabeza en la coalición internacional que lidera la estabilización en Afganistán, de manera que se ha pasado de aceptar la colaboración de muchos warlords a establecer programas tendentes a su desmilitarización y a la consiguiente recuperación de espacios por parte de las instituciones públicas⁽⁵⁴⁾ con un resultado, todo hay que decirlo, que todavía tiene muchos claro-oscuros.

En este sentido, la lógica seguida por algunos warlords en el África subsahariana es bastante similar, si bien dotada de su propia idiosincrasia. Un caso emblemático es el de Charles Taylor, en Liberia. De vocación: político. Su estrategia no consistía en preservar un feudo de las intromisiones del Estado. Esta vez sí consistía en «conquistar la capital» que, según hemos ido viendo, se trata de uno de los paradigmas posibles. Es más, esa estrategia terminó pasando por el filtro de unas elecciones generales ganadas con amplio margen de ventaja sobre la oposición. Pero antes de eso ya se había consolidado como uno de los más audaces y sanguinarios señores de la guerra habidos y por haber.

En su caso, además, los vínculos previos con clanes del lugar eran muy difusos. Taylor era, en realidad, un libero-americano con formación —otra vez se da el caso— universitaria (se graduó en el Bentley College) y, en ese sentido, era también un tipo bastante desarraigado para lo que es frecuente en los estándares del lugar. Pero su legitimidad de tipo carismático pudo con todo lo demás. Tras haber recibido formación militar en Libia, regresó a su país al frente de una milicia (el Frente Patriótico Nacional de Liberia) con la mirada puesta en derrocar por las malas al gobierno de Samuel Doe. Lo cual dio pie a la que suele ser conocida como la primera guerra civil liberiana. Así que el objetivo pergeñado lo logró, ciertamente, en primera instancia, por la vía de los hechos.

Ahora bien, lo más espectacular del caso es su ulterior reacondicionamiento como un líder político estatal según un estilo más estandarizable. Puesto que las elecciones de 1997 que Charles Taylor ganó por un amplio margen fueron, según la opinión generalizada entre los observadores internacionales desplegados sobre el terreno, todo lo limpias que cabe esperar en un país como el suyo. Claro que como elemento que explica la transición entre ambos éxitos, Taylor se dedicó a tejer su propio imperio que era, en esencia, un imperio comercial.

De hecho, fue una herramienta clave en su victoria en las urnas. En él se integraban cadenas de radio y de televisión, un aeropuerto, varios puertos, muchos

⁽⁵⁴⁾ POZO M^a Pilar. «Evolución del mandato de la Fuerza Internacional para la asistencia en la seguridad de Afganistán: entre la imposición de la paz y la reconstrucción del Estado», en LÓPEZ-JACOISTE Eugenia (coord.). *La política de seguridad y defensa en Europa*. Pamplona, EUNSA, 2006, pp. 253-254.

bancos y hasta una suerte de ministerios y de ministros provisionales (cuando Taylor todavía se encontraba al margen del poder formal). La campaña electoral no tuvo desperdicio. Fue, como tal, un excelente mostrador de la política factible en esa región del planeta: el principal ítem fue la seguridad. Lo cual es tan significativo como obvio. Pero, además, para ir ganando adeptos, Taylor hizo repartir ingentes cantidades de arroz entre los votantes⁽⁵⁵⁾. En todo caso, es evidente que la gente le dio la confianza a esta especie de «señor de los negocios», entre otras cosas, porque no era más corrupto que los políticos al uso (lo cual no significa que no fuese corrupto). Este es otro dato relevante. Y constituye una muestra más acerca de cómo en algunas circunstancias las diferencias presuntamente existentes entre las plataformas creadas por los warlords con ánimo crematístico y el aparato del Estado con toda su vestimenta jurídica a cuestas son bastante porosas.

■ CONCLUSIONES

Los señores de la guerra surgen, sobre todo, a partir de la crisis de algunos Estados que, dada su precaria situación a la hora de cubrir las expectativas mínimas de su poder soberano, pueden ser considerados como Estados fallidos. Es frecuente que aparezcan en zonas en las que se mantienen vivas las expresiones de sociedades preestatales del tipo de tribus y clanes. Ambas realidades tienen puntos en común. Su peso específico es inversamente proporcional al del Estado. Ahora bien, la relación de los warlords con esas estructuras tradicionales es, como mínimo, ambigua. Lo que sí parece evidente es que las lagunas del poder estatal no son las únicas que favorecen la aparición de warlords. En realidad, también coadyuvan a ello las lagunas –si bien menos estudiadas– existentes en las propias tribus y clanes, en la medida que la autoridad que las sostiene está muy erosionada tras los muchos años de colonización, de guerras civiles y de excesos de todo tipo, como consecuencia de lo cual también cotizan a la baja los mecanismos tradicionales de resolución pacífica de controversias antaño vigentes en esas comunidades.

Los señores de la guerra suelen tener incentivos personales de tipo crematístico. Sin duda. En la práctica, no podría entenderse de otro modo, aunque sólo sea porque esos recursos económicos son indispensables para levantar y sostener cualquier estructura de poder. Ahora bien, sus funciones como warlords extrapolan claramente ese nivel –primario, digamos– de actividad. En la práctica, estos actores ofrecen una alternativa a las ruinas del Estado. E incluso a las de los viejos liderazgos de sus tribus y clanes. De hecho, los más poderosos de entre todos ellos han logrado establecer auténticos pseudo-Estados poseedores de bastantes de los atributos predicados en los manuales como propios de los Es-

⁽⁵⁵⁾ HARRIS David. «From Warlord to Democratic President: How Charles Taylor Won the 1997 Liberian Elections». *The Journal of Modern African Studies*. Vol. 37, n° 3 (September), 1999, pp. 431-455.

tados en cuanto tales. Esto ha sido así en escenarios tan diversos como la China de principios del siglo XX⁽⁵⁶⁾ o el Afganistán de nuestros días. Con lo cual, en última instancia, las diferencias entre según qué señores de la guerra y según qué Estados (obviamente, no lo estamos planteando en términos de Estados sociales y democráticos de derecho al estilo occidental) tienden a difuminarse.

Los objetivos políticos que están detrás del establecimiento de este poder alternativo puede cubrir todo un elenco de posibilidades que van desde la sustitución pura y dura del gobierno estatal –que eufemísticamente hemos definido como la «conquista de la capital» (caso de Taylor y, en buena medida, Aidid, en el África negra; así como también Hekmatiar en Afganistán)– hasta la tentativa de mantener las tierras en las que se aposentán sus huestes al margen de las intromisiones de ese gobierno central (Dokubo, los warlords chechenos y, en las fases de gobierno soviético y talibán, la mayor parte de warlords afganos). Pasando por lógicas intermedias, más posibilistas o más tacticistas en este aspecto. No exentas, por ende, de dinámicas híbridas, ora de cooperación, otrora de conflicto, que fluctúan a lo largo del tiempo (caso de Dostum e Ismail Khan en Afganistán). En este sentido, la recuperación del fenómeno de los señores de la guerra sería transversal a las lógicas centrífugas o centrípetas del poder, no identificándose con ninguna de ellas en especial.

En todo caso, ese poder descansa sobre alguna nueva versión de la legitimidad carismática, por oposición a la legitimidad de tipo tradicional. Con lo cual, depende sobremanera de las habilidades personales del líder. Habilidades que suelen ser muchas y muy variadas, como consta cuando se analiza la biografía de los protagonistas (militares, políticas, económicas e ideológicas). Habilidades que son relativamente más sólidas si, además, atendemos a los estándares de los lugares en los que han proliferado estos actores (con sus elevados índices de analfabetismo, sin ir más lejos). A su vez, ocurre que la adecuada explotación de estas habilidades depende de su capacidad real para mantener en funcionamiento sus redes clientelares. Y para tener satisfechos a sus secuaces. Ésa es su fuerza – porque los dota de una gran autonomía decisional– pero también termina siendo su talón de Aquiles. De ahí que la mayor parte de warlords, incluso de los más poderosos de entre todos ellos, acaben teniendo una existencia muy precaria –en lo relativo a su éxito político, tanto como en lo estrictamente personal–. Son abundantes los casos de líderes de este perfil asesinados o exiliados.

Las conexiones de los warlords con los discursos ideológicos o teológicos al uso merecen un comentario añadido. Porque, por una parte, parece evidente que esos discursos siguen estando sobre su mesa y que los exprimen cuando y

⁽⁵⁶⁾ No olvidemos que en China, en la etapa convulsa de las guerras civiles que asolaron el país desde 1912 hasta 1928, se contaron hasta 1.300 warlords. Pero, en lo que ahora nos interesa, hay que decir que llegó a haberlos con hasta 10 millones de súbditos, con unas fuerzas armadas que nada tenían que envidiar a las regulares y con las fuentes de ingresos precisas para financiar todo ese esfuerzo (vid. SHERIDAN, J. E. *Chinese Warlord. The Career of Feng Yu-Hsiang*. Stanford University Press. 1966, p. 18).

como les conviene. Sin embargo, por otra parte, no es menos cierto que en su caso se trata de conexiones presididas por una elevada dosis de pragmatismo y hasta de demagogia. Siempre en función de tratar de alcanzar los objetivos señalados en el punto 2) de estas conclusiones. No sólo en lo que respecta a la cuestión del respeto o no al derecho consuetudinario de sus comunidades de origen, sino también cuando esos alegatos se refieren a cuestiones religiosas. Se han dado casos en los que importantes warlords han cambiado de religión en función de parámetros vinculados a sus expectativas económico-políticas, sin que ello tuviera, ni siquiera, un efecto contagio entre sus secuaces⁽⁵⁷⁾. Aunque eso no sea óbice para señalar como posible problema añadido que a raíz de algunas de esas «conversiones», se hayan fomentado los contactos con actores transnacionales dotados de una fuerte capacidad para desafiar la estabilidad internacional, incluyendo grupos terroristas.

■ BIBLIOGRAFÍA

BATTERA, Federico. «State-&Democracy-Building in Sub-Saharan Africa: the Case of Somaliland. A Comparative Perspective», en *Global Jurist Frontiers*, Vol. 4, Issue 1., 2004, pp. 1-21.

BOZEMAN, Adda. «War and the Clash of Ideas», en *Orbis* (spring), 1976, pp. 61-102.

BRAATHEN, Einar; BOAS, Morten; y SAETHER, Gjermund. *Ethnicity Kills?* New York: St. Martin's, 2000.

EASTERLY, William. *The White Man's Burden. Why the West's Efforts to Aid the Rest Have Done so Much Ill and So Little Good*. New York: Penguin Press, 2006.

FEARON, James D; y LAITIN, David D. «Ethnicity, Insurgency and Civil War». *American Political Science Review*. Vol. 97, nº 1 (February), 2003, pp. 75-90.

HILLS, Alice. «Warlords, Militia and Conflict in Contemporary Africa: A Re-examination of Terms», en *Small Wars and Insurgencies*, Vol. 8, nº 1 (spring), 1997, pp. 35-51.

⁽⁵⁷⁾ Cabe citar al nigeriano Dokubo, que fue educado en la rama baptista del cristianismo pero que, a partir de cierto momento, optó por abrazar el islam... sin que muchos miembros de sus milicias dejaran de adorar a Egbesu, a la sazón el dios de la guerra del clan Ijaw, al que la mayoría de ellos pertenecían. Eso sí, el recurso al Islam contribuyó a que Dokubo retroalimentara un discurso anti sistema, abiertamente anti occidental, y particularmente anti estadounidense que, aparentemente, chirriaba más a tenor de su primera adscripción (PÉROUSE DE MONTCLOS Marc-Antoine. «Conversion to Islam and Modernity in Nigeria: A View from the Underworld», *Africa Today*, Vol. 54, nº 4, 2008, pp. 71-87).

- HOROWITZ, Donald. *Ethnic Groups in Conflict*. Berkeley. Berkeley University Press, 1985.
- JANDORA, John W. *Militarism in Arab History*. Westport: Greenwood Press, 1997.
- JARVIK, Laurence. «NGOs: A 'New Class' in International Relations». *Orbis* (spring), 2007, pp. 217-238.
- KALDOR, Mary. *Las nuevas guerras. Violencia organizada en la era global*. Barcelona, Tusquets editores, 2001.
- KUNZ, Frank. «Civil Society in Africa», en *Journal of Modern African Studies*. Vol. 33, nº 1, 1995.
- LIEVEN, A. *Chechnya: Tombstone of Russian Power*. New Haven, Yale University Press, 1999.
- MANTZ, Jeffrey W. «Improvisational economies: Coltan production in the eastern Congo», en *Social Anthropology*, Vol. 16, nº 1, 2008, pp. 34-50.
- MARTEN, Kimberly. «Warlordism in Comparative Perspective», *International Security*, Vol. 31, nº 3 (Winter), Massachusetts Institute of Technology, 2007, pp. 41-73.
- MAY, Ernest. *Knowing One's Enemies*. Princeton, Princeton University Press, 1984.
- MBEMBE, Achille. «Necropolitics», en *Public Culture*, nº 15, 2003, pp. 11-40.
- MENKHAUS, Ken. «Governance without Government in Somalia», en *International Security*, Vol. 31, nº 3 (winter), 2007, pp. 74-106.
- METZ, Steven. *Armed Conflict in the 21st Century: The information revolution and post-modern warfare*. Strategic Studies Institute. US Army War College, 2000.
- NOZICK, Robert. *Anarquía, Estado y Utopía*. México DF, Fondo de Cultura Económica, 1974.
- OTTAWAY, Marina. «Rethinking Warlords», en *The SAIS Review of International Affairs*. Vol. 20, nº 2 (Summer-Fall). John Hopkins University, 2000, pp. 261-264.
-

- POZO M^a Pilar. «Evolución del mandato de la Fuerza Internacional para la asistencia en la seguridad de Afganistán: entre la imposición de la paz y la reconstrucción del Estado», en LÓPEZ-JACOISTE Eugenia (coord.). *La política de seguridad y defensa en Europa*. Pamplona, EUNSA, 2006, pp. 227-268.
- RENO, William. «Order and commerce in turbulent areas: 19th century lessons, 21st century practice», en *Third World Quarterly*. Vol. 25, n^o 4, 2004, pp. 607-625.
- RICH, Paul B. *Warlords in International Relations*. New York, St. Martin's Press. 1999.
- SAMATHAR, S. S. *Oral Poetry and Somali Nationalism: The Case of Sayyid Mahammad Abille Hasan*. Cambridge, Cambridge University Press, 1982.
- SHULTZ, Richard H. y DEW, Andrea J. *Insurgents, Terrorists and Militias. The Warriors of Contemporary Combat*. New York, Columbia University Press, 2006.
- TERRY, Fiona. *Condemned to Repeat: The Paradox of Humanitarian Action*. New Cork, Cornell University Press, 2002.
- WEBER, Max. *El político y el científico*. Madrid: Alianza editorial, 1997[1919].
- WULF, Herbert. «Reconstructing the Public Monopoly of Legitimate Force», en BRYDEN, Alan y CAPARINI, Marina (eds.). *Private Actors and Security Governance*. Zurich: Lit Verlag, 2006, pp. 87-106.